imponente del libro de las civilizaciones» (p. 476), el trabajo acaba reabriendo a ojos del lector las vías para recuperar, enriquecido, ese legado.

El autor, a quien, entre otras obras, debemos también una valiosa contribución al estudio de las literaturas amerindias (*Les lettres précolombiennes*. Toulouse: Privat, 1976), devela con este reciente libro un aspecto fundamental de los estudios sobre la vida de nuestros pueblos. Vida que, arrancada de su normal transcurso (su historia, sus propias e inalienables utopías), se convirtió en objeto de otra historia, de otras especulaciones utópicas. La recuperación de nuestra condición de sujetos históricos no puede soslayar hoy el conocimiento íntegro de aquel anómalo desvío, y la obra que tratamos colabora en alta medida a ese saber.

GERARDO MARIO GOLOBOFF

Université de Toulouse.

ALICIA BORINSKY, *Ver/Ser visto. Notas para una analítica poética*. Barcelona: Antoni Bosch, 1978.

«El que *ve* arrasa con *lo visto*», asimila su objeto, elimina la alteridad (p. 85), aclara la autora de este breve volumen que intenta subrayar la ascendencia definitoria de lo visual en un número de textos heterogéneos que dialogan en la distancia, tangenciales. Es una obra difícil de resumir, o de clasificar: espejea, ilumina, se mueve de un texto a otro libremente, rehusando la disciplina tradicional. Atrae hacia sí una variedad de materiales que incluye fragmentos de poemas a modo de epígrafes, letras de tangos, teorías de Macedonio Fernández, del marqués de Sade, de Foucault, crítica de cine moderno, comentarios personales acerca del «juego de energías masculino/femenino». El hilo conductor en todo el libro es un poema de Lewis Carroll titulado «The Hunting of the Snark». Insistentemente se conjugan un cuento de Cortázar («Axolotl»), un personaje de Onetti (M. Gigord), otra obra de Lewis Carroll (la novela *Sylvie and Bruno*, quizá a través de Quenau) y en el último capítulo, *Celedonio antes del alba*, de Reynaldo Arenas. En el centro de esta red se coloca la novela *El beso de la mujer araña*, de Manuel Puig, y se traen hacia ella todos estos textos diversos, con los que se tejen interesantes puntos de contacto. Alicia Borinsky ve la literatura como instrumento que ve y se ve; ejercicio ensimismado a fin de cuentas, pero también tela unificadora, porque ver es absorber y ser absorbido, como ejemplariza «Axolotl». Las identidades se borran.

El subtítulo (que por cierto aparece reducido en la carátula del libro a *Notas para la poética*) no implica la formulación de una teoría poética aplicable, sino la búsqueda de un nuevo modo de análisis literario que rehuya las normas académicas y el falso psicologismo. De espaldas al sentido común se descubren en contrapunto otras relaciones, «maneras alternativas de referir», como propone Lewis Carroll, y «la necesidad de cada una de las partes con respecto a la otra» (p. 24). Igualmente se rechaza, con Onetti, «esa cultura pobre y respetuosa de los profesores de escuela» que «tienen confianza en la explicación intelectual» (p. 44). Numerosos escritores hispanoamericanos han hallado inspiración en la obra de Lewis Carroll, desde Borges hasta Carpentier (véase el epígrafe con que comienza *La consagración de la primavera*). Ha de añadirse quizá su nombre al de Faulkner, Joyce y Kafka. Las zonas de contacto en los diversos textos dialogantes giran alrededor de dos sistemas de imágenes en apariencia alternativos, pero en realidad concén-

tricos. Esto es, se ocupan de un cierto traspaso de identidad, o de un *ser* que es *ser otro*, un devorar que es también ser devorado. Cabría añadir aquí otra obra en esa misma línea temática, el filme de Ingmar Bergman titulado *Persona*.

Como rechazo de la dictadura intelectual, nuestra literatura prefiere la irreverencia lúdica. El arte visual, que es también autorreflexivo, de Macedonio Fernández, por ejemplo, demuestra un despegue de la tradición y del yo, como puede también observarse en la obra de Puig y en la de Borges. Molina, el personaje central en la novela de Puig, desaparece detrás de una dicción de barrio de clase media con imágenes y pequeñeces tan coherentes que llega al anonimato (p. 74). Y como sucede en «Axolotl», Molina logra que el guerrillero haga surgir de sí «aquello que Molina es» (p. 61). Lo seduce con sus cuentos, lo envuelve, más que en una imaginaria prestada del cine, en una selectividad de detalles, de lo visto. Borinsky señala además la dialéctica del texto entre el diálogo, que parece sugerir cómo un homosexual *se ve*, y la nota al pie de página, que expone cómo *es visto* por una sociedad que «encarna el poder dictatorial del mundo del sentido, del síntoma, de la enfermedad. Ese mundo institucionalizado que hace de Molina un anormal encarcelable» (p. 52). Paradójicamente, observa Borinsky, Molina es un personaje de un conservadurismo extremo, caduca visión de una feminidad que insiste en ofrecerse como víctima. Y así, es Molina el que muere al fin como guerrillero. Podría añadirse aquí que la fascinación nostálgica que ejerce el personaje quizá resida en su capacidad de asumir del todo la relación amorosa, lo cual, en lugar de robarle la identidad romántica soñada, se la confirma.

El libro se divide en tres secciones: «Ver», «Ser visto» y «Fuera de control». Esta última acentúa la rareza de lo cotidiano y destaca lo marginal como centro, todo a favor de una lógica polivalente, o al menos equivalente, que borra los límites de la alteridad. Los títulos de los breves capítulos son ambiciosos. Por ejemplo, el titulado «Cegueras. Macedonio/Borges» se refiere a dejar de ver: «Lo *actual* sólo existe para ser cancelado» (p. 8). Temas interesantes que algún lector deseará se hubiesen profundizado, o extendido hasta incluir otros autores, como Sábato y Felisberto Hernández. Ha de encomiarse, sin embargo, la economía de expresión con que Borinsky se permite tocar en tan pocas páginas (86) tantos asuntos de interés y poner en libre juego materiales tan diversos. No será imposible encontrar algún desacuerdo menor, como cuando se afirma que en Borges «hay un rechazo de la idea de intentar producir la simultaneidad» (p. 39). Véase, por ejemplo, «El jardín de senderos que se bifurcan».

Este pequeño y atrevido volumen comienza con un rechazo de lo unívoco y acaba, con *Celestino antes del alba*, en «un juego de energías que combaten contra la unidad de su voz» (p. 82). O sea, que su estructura comparte la dualidad de la serpiente que se muerde la cola, o del axolotl de Cortázar, como propuesto paradigma de las relaciones humanas: masculino/femenino, autor/lector, escritor/crítico. Porque como le sucede a Molina en la obra de Puig y al que *ve*, que es arrasado por lo visto, «nadie cuenta nunca nada inocentemente sin quedar atrapado y atrapado en una red interpretativa» (p. 33).

DOLORES M. KOCH

Herbert H. Lehman College, CUNY.